

Un segundo

No puedo creer que haya llegado a este punto. 16 años. Realmente merezco un premio a la persona más luchadora del mundo. Bueno, a la más luchadora no, a la más humana...

Me llamo Dayanara. He sobrevivido a este mundo 16 años. Y hasta hoy no me he dado cuenta de que no tengo un derecho, sino dos: derecho a callar y a morir. Esto último me ha abierto una puerta inmensa que llevo esperando los 16 años de mi vida, la libertad. Por lo menos en la vida eterna seré tratada como cualquier otra persona.



Soy latina. Eso podría no tener nada de malo si no fuese por el color de mi piel. En otras palabras, soy negra. Mi vida es como un coche conducido por una persona sin control. Estoy siempre en riesgo de muerte, y cuando menos me lo espero... suena el disparo. Ese sonido que asusta tanto a los pobres indefensos como yo. Ese sonido que gusta enormemente a la gente de piel blanca. Ese sonido que me ha perseguido siempre. Un disparo es cuestión de un segundo. Pero ese segundo es el que se llevó a mi padre, a mi mejor amiga, a aquel señor mayor de la fuente y el que pronto me llevará a mí. Tantas personas inocentes muertas por ese segundo. Todavía recuerdo la sonrisa acogedora de mi padre, que siempre me cuidaba...O la autoestima de mi mejor amiga, Abril, latina y negra como yo, que por muchas muertes o desgracias que ocurrieran siempre intentaba estar alegre. Y a aquel señor mayor de la fuente... Esa historia siempre la llevaré en mi corazón.

Ocurrió un día, hace años, en el que yo volvía, corriendo, de comprar pan. Iba con prisas por temor a que me matasen o me raptasen, claro. Entonces pasé por una plazoleta con una fuente preciosa en medio. Me encantaba esa plazoleta. Siendo pequeña jugaba allí cuando tenía oportunidad. El caso es que ese día estaba sentado en la fuente un señor de piel negra, observando el cielo. Siempre estaba allí, daba igual la hora. En ese momento me paré. No sé por qué, mis piernas se pararon sin yo querer. Y me quedé observando al señor un rato. Al cabo de un tiempo, sin saber por qué, me acerqué a él. Él me miró, y yo le pregunté el motivo por el que estaba siempre allí. Entonces, con una sonrisa dibujada en el rostro, me dijo: “Mira a esa mujer que camina con su hijo. Es negra, como nosotros, y sufre igual o más. Sin embargo, ¿ves su cara de felicidad? Eso es porque ella ríe a diario, pero no porque siempre le vaya bien, sino porque aprendió que debe sonreír en lo bueno y en lo malo. Esa es la clase de persona que deberíamos ser todos, en vez de lamentarnos sin éxito. Pero el miedo nos puede...”

Yo lo miraba curiosa, pero no entendía muy bien lo que quería decirme. Él se debió dar cuenta, porque me sonrió aún más y contestó: “Lo que quiero decir es que no debemos dejar que nadie decida cómo debemos vivir nuestra vida, porque por algo es nuestra. Dios nos la dio a nosotros. Pero no sabemos defender lo nuestro. Y eso me entristece mucho.”

En ese momento, aquel hombre me abrió los ojos a la vida. De ahí en adelante me sentaba todos los días al lado del señor mayor, y él me iba enseñando cosas de la vida que todavía no había aprendido a valorar por muy desgraciada que fuese la mía. Mi autoestima mejoraba conforme escuchaba las sabias palabras de aquella persona tan humilde y solidaria.

Pero un día, una pandilla de adolescentes con armas le dispararon justo cuando yo cruzaba la plazoleta para reunirme con él. Vi perfectamente cómo la pequeña bala le atravesaba el corazón, y cómo caía al suelo con una última sonrisa grabada en su rostro fantasmal. Eché a correr, asustada y con el alma destrozada. Ese hombre me había enseñado que la vida era dura, pero con los bellos momentos se aprende que aunque las lágrimas ensucien el rostro, terminan limpiando el corazón. La única persona por la que yo seguía sonriendo se había ido para siempre. Lloré muchas noches preguntándome por qué no pudo ser otra persona y pensando si sería capaz de seguir sin sus consejos. Pero mis sollozos nunca los escuchó nadie.

Recordar todo esto me ha entristecido mucho. Solo me queda mi madre. Es la única persona en la que puedo confiar a estas alturas. Debería salir a la calle, ir a la plazoleta y sentarme en la fuente. A lo mejor pasa una mujer negra de la mano de su hijo... sonriendo. No sé si aguantaré las lágrimas si eso sucede.

Bajo las escaleras y me despido de mi madre, que está en el salón leyendo un libro. En la calle no hay peligro, por lo que salgo afuera. Me oculto un poco el rostro con la capucha de mi chaqueta, por si acaso.

Tras llegar a la puerta de la plazoleta me detengo. Me da la sensación de que alguien me observa. Cuando me doy la vuelta veo a la misma pandilla de adolescentes que mataron al señor cuando era pequeña. Uno de ellos lleva una pistola y me está apuntando con ella. Entonces me doy cuenta de que no siento miedo. Estoy afrontando la realidad como nunca pensé que la afrontaría. De repente, suena el disparo. Siento un dolor agudo y se tiñe todo de blanco.

En un solo segundo...

Arianna Kendrick